

La sombra

Jatzibe R. Domínguez



Image not found.

Capítulo 1

Durante años la sombra me ha perseguido.

En realidad, desde el inicio de mi existencia ha sido mi leal compañera y confidente.

No fue hasta aquel terrible tres de enero del 2011 que supe lo que me aguardaba, el destino que me reservaba tal silueta oscura y malévola, pues siempre la había creído una buena amiga, quien me protegía de los peligros de la más absoluta oscuridad.

Mi padre solía decir que cada uno de nosotros posee una sombra porque esta nos da una identidad, una razón de ser y sin ella no seríamos nada.

Me recuerdo de niña, dando pequeños pasos por el parque, curiosa miraba a mi alrededor buscando a alguien con quien jugar. Por extraño que parezca había pocos niños y todos ellos ocupaban cada uno de los juegos, de manera que ya no había lugar disponible, pensé en acercarme a ellos y si bien no jugar, si platicar y hacer nuevas amistades pero justo fue cuando mi madre me dijo:

—Mira, ahí hay un juego desocupado. Puedes subirte en él—señalando hasta a un extremo con el dedo índice, un espacio abandonado en una esquina que se perdía entre las ramas de los árboles, las hojas lo cubrían dejándolo bien escondido a la vista. Se trataba de un sube y baja descuidado, manchado con tierra y lleno de polvo. Al subirme en él pude notar que estaba oxidado, pues rechinaba mucho y yo en aquel entonces era una pluma, ligera, que podía salir volando en cualquier momento por un peso mayor. Por eso mismo mis padres decidieron no subirse en el otro asiento, no obstante, mi padre se ofreció a recargar sus manos para levantarme del juego, no lo dejé. Le dije que prefería jugar sola, pero en mi interior sabía que no sería así. Ahí estaba la sombra, sentada en el asiento que los demás daban por libre, esperando que comenzara el juego, que me diera impulso, en fin, esperando... El sol la proyectaba en el suelo, una mancha negra con forma de niña yacía jugando conmigo. Yo no despegaba los ojos de los suyos. Mis padres se sentaron en la banca que encontraron más próxima debajo de un árbol que tan amablemente les ofrecía su propia sombra para protegerlos de los rayos del Sol, conversaban mientras la umbría y yo compartíamos risotadas y sonrisas cómplices. Su sonrisa. Aún no hallo palabras para describirla.

El once de mayo de 1995 fue mi baile de graduación. Por fin entraría a la preparatoria, cerca estaba de ser universitaria, llegar a la meta y cumplir mis sueños. Ese día todo el colegio estaba de fiesta y días antes lo habíamos adornado con globos y demás objetos decorativos. Ese día llevaba puesto un vestido rojo intenso y llegué al salón tomada del brazo

de mi novio, con quien pensaba bailar toda la velada. Íbamos combinados, el traía puesto un traje negro y elegante, la corbata era del mismo tono que mi vestido. Al entrar mis amigas me recibieron con abrazos, se respiraba el ambiente de alegría que ahí reinaba. Los profesores me felicitaron por mi exitoso trayecto en la secundaria y mis buenas notas, les comenté que el diploma que me habían entregado días atrás cuando fue la ceremonia, lo habían puesto enmarcado mis padres en la sala, para que todas nuestras visitas lo vieran y que nosotros cada que pasáramos por ahí recordáramos tan espléndido día, cuando deje de ser una niña para convertirme en una señorita, pronto una profesional con carrera y un futuro por delante. Todos estaban muy orgullosos de mí, lo que había logrado y de lo que estaba por conseguir. Luego de unas cuantas conversaciones y bailes, mi pareja y yo subimos al segundo piso donde había una azotea y observamos al cielo oscurecer, mezclando sus tonalidades con purpuras y grises, el sol esconderse, despidiéndose del día para dejar lugar a que la noche se presentara y diera bienvenida a la luna.

—Y bien, lo logramos. Lo hemos conseguido—dijo mi novio.

—Sí, pero, ¿sabes qué más falta para que este día termine como uno de los más bellos y perfectos de todos?

—¿Qué?—preguntó.

—Esto.—De manera repentina le planté un beso y él me lo devolvió. Puse mis manos alrededor de su cuello y nos seguimos besando, cada vez con más profundidad pero manteniendo siempre la delicadeza al mover los labios. Como rara vez cerraba los ojos pude darme cuenta de que un farol se encontraba sobre nuestras cabezas, encendido. Allí, en el círculo de luz que se formaba en torno a nosotros, dos siluetas se encontraron, juntas, amándose.

—Amor, mira. Nuestras sombras se complementan. Parecen ser una sola—susurré pero él seguía oliendo mi fragancia y abrazando mis caderas con ambas manos.

Tiempo después de eso fue que sucedió uno de los acontecimientos más sorprendentes y abominables de mi vida. Fue, como mencioné al inicio de mi relato, un tres de enero del 2011, la tarde en que llevó a cabo su plan o para ser más exactos, que le dio un final. Nos enteramos al regresar de nuestras actividades. Su cuerpo desnudo sobre la cama de su habitación, al descubierto y los ojos cerrados aferrándose a un dulce sueño que duraría por la eternidad. En su mano le descubrimos unas pastillas. Mi madre enloqueció. Comenzó a llorar de la desesperación, dejándose arrastrar por la ansiedad que la dominaba. Cayó de rodillas, gritando de agonía, mi padre que intentó levantarla y que cuando estuvo a punto de desmayarse la sujetó por la cintura, antes de que se diera un golpe fuerte

en el duro suelo. Mi padre que pese al dolor que sentía hizo lo que pudo, resbalándole lágrimas pero tratando de contenerse, con el rostro enrojecido, apretando la mandíbula para soportar los gemidos de sufrimiento que deseaban salir de su interior. Yo, que me había quedado inmobilizada sin poder mover un musculo, ni siquiera lloré, ni grité, ni exhale un suspiro ahogado. Nada. No sentía mi cuerpo ni siquiera mis pensamientos. Tenía miedo, mucho miedo.

Silencio. Los invitados mostraban sus respetos, serios. Los parientes más cercanos derramaron lágrimas, tristes. El corazón palpitaba veloz dentro mío al ritmo de la desolada melancolía. Envuelta estaba con un vestido negro y unas flores sobre su pecho, los pétalos marchitando y yo, de pie, quieta como estatua, no he conseguido sentir, ni una sola lágrima he podido arrojar aún.

La sombra pareció haberse agrandado, pues ahora que regresaba de ayudarles en las compras a mi madre pude ver que ya no presentaba el mismo tamaño de siempre, se le veía más grande, unos centímetros tan solo seguramente, sin embargo, no le di importancia pues supuse que la estaba presenciando desde un ángulo distinto o que yo había crecido de estatura, lo que era una buena noticia, pues debido a que soy pequeña, siempre he querido ser más alta.

Cada día que pasaba la sombra crecía y yo, en su lugar, seguía del mismo tamaño. Me medí con reglas y demás aparatos de medición pero todos indicaban que seguía igual, incluso hice una visita al médico para que me revisara y él me aseguró que no había crecido en estos últimos días, lo que no solo me deprimió sino que me extrañó. Mi sombra crecía de estatura, más, sin embargo, yo no había cambiado en ese aspecto.

Luego de unas semanas pasó algo todavía más raro, la sombra no sólo crecía hacia arriba, sino que comenzó a hacerlo por los lados, sí, se hizo más ancha. Si bien no soy del todo delgada, tampoco es que mi complexión fuera tan robusta, lo cual me preocupó, pues eso significaba que debía hacer una visita urgente con el médico, el gimnasio y la dieta no parecían dar resultados favorables, todo lo contrario. Él me pesó porque a mí siempre me ha dado recelo hacerlo, no tengo aparatos de peso ya que enterarme si subí kilos de más me angustia mucho, prefiero que lo haga alguien más, es menos escandaloso. Me comentó que seguía en las mismas condiciones, no había subido ni bajado de peso. Me preguntó la razón de venir a visitarlo últimamente de manera tan frecuente, había pasado algo de tiempo que no lo veía, tal vez mis visitas sorpresa lo dejaban un tanto extrañado.

—Quiero saber cómo estoy de salud, quiero saber si lo que hago ha dado frutos. Me preocupo por mí, sólo eso.

Me respondió que estaba bien sólo me aconsejó no obsesionarme con ello como lo había hecho ya en el pasado. Agregó que entiende mi situación, pues dice que los adolescentes suelen escandalizarse por cualquier cosa por muy mínima que sea y tener una que otra fijación. Yo deseaba contestarle que ya no era tan adolescente, que estaba cerca de pasar a ser una joven adulta pero me callé. Había algo que me tenía inquieta. Me despedí de él y salí del consultorio lo más deprisa que pude.

Sentía que la sombra me envolvía en su manto de muerte, la veía por todos lados. Ya no sólo hacía acto de presencia cuando había sol o luz como cualquier silueta común, sino que hasta en la oscuridad total aparecía, claro que su aparición era aún más negra que la más temible de las noches.

Mis padres me creían loca, al principio no quería asustarlos con esto, bastante deprimidos estaban como para sumarles más heridas sobre las que aún no cicatrizaban. Luego no pude soportarlo más y sin darme cuenta les comenté de las singulares modificaciones que mi sombra presentaba. Mi madre me aseguró que sólo eran imaginaciones mías y mi padre comentó que quizá eso pasaba porque ella estaba muy cerca nuestro, queriendo estar junto a mí, cerca de su familia, acompañándome y cuidándonos por medio de mi sombra que crecía y engordaba porque el amor que sentía por nosotros era estrecho, fuerte y grande, así como el nuestro hacia su persona. Esa idea me gustó, me pareció grata y hasta cierto punto tranquilizante, como casi todas las ideas de mi padre. De alguna manera le encontré más sentido a la situación, pensando que quizá se trataba de obra de Dios que nos enviaba su ángel para protegernos. Que equivocados estábamos. No era obra de ningún alma benévola ni noble. Era obra del mismísimo demonio. Esto lo comprobé después, cuando sentía la asistencia de la sombra que se tornaba incomoda, angustiante y provocaba en mí lastimosos temores. Sentía que alguien me perseguía pero cuando volteaba no veía a nadie, sólo a ella, la sombra que ya nunca desapareció, jamás se fue.

Terminé con mi novio o mejor dicho, él terminó conmigo. Dijo que no puede tener una relación con una lunática, obviamente a él también le conté sobre mis experiencias porque le tenía confianza y aunque al principio me apoyaba e intentaba consolarme, luego no pudo más conmigo y me recomendó que viera a un buen psicólogo pero que por su parte no quería saber nada más de mí. Lo mismo pasó con mis amistades, se alejaron, cortando vínculo. Nadie quería estar con aquella chica que etiquetaron de maniática. Me quedé sola.

Varias veces les conté esto a mi padres sin poder evitar que la voz me temblara, seguro y tenía apariencia de perdida y de desquiciada, fue quizá por esto que mis padres tomaron una decisión; internarme en un psiquiátrico. Resistí lo mejor que pude pero todos mis ruegos y negaciones fueron en vano. Me llevaron a fuerza de voluntad. Mi estancia

ahí fue un suplicio, en lugar de mejorar, sentía que empeoraba. Era un sitio demasiado deprimente, creo que no hubo vez en la que pudiera dormir. Tanta gente luchando con sus demonios internos, fue de las más catastróficas épocas de mi existencia. Luego el psiquiatra que me visitaba me hacía muchas preguntas que no toleraba, como si estuviera debajo de una montaña y me aplastara, y sólo podría salir de ahí con respuestas que intentaba contestar. Estaba atrapada en una pesadilla.

Después de un plazo un tanto largo de tiempo me dieron de alta, dijeron que podía volver a casa. Fue un alivio, sentía que si seguía en aquel lugar tan espantoso me iba a volver loca de verdad.

Puede que de cierto modo hubiese sido de ayuda pues me sentía un poco más calmada, no obstante, la sombra seguía siendo parte de mí, así como continuaba conmigo en el manicomio, lo seguía haciendo cuando salí de ahí y regresé con mi familia.

A los pocos días después discutí con mis padres, todo fue por culpa suya, no estoy segura de cómo comenzó la pelea pero si recuerdo que yo les grité que debían ya superarlo, superar lo que había pasado, seguir adelante, dejarlo atrás, que no podíamos seguir así toda la vida, lamentándolo. Ellos se molestaron mucho con mi comentario, me reclamaron que era muy doloroso y que yo no lo entendía porque nunca la quise realmente puesto que siempre fingí ese cariño. A parte, se dieron cuenta de que ni siquiera lloré por su muerte ni expresé sentimiento alguno tras lo que hizo. Esto fue lo que dijo mi madre, que fue la que más furiosa se puso, mi padre sólo me dijo que tomara ese mismo consejo pero conmigo, que me olvidara ya de esa idiotez de la sombra, que era una locura, eso sólo estaba en mi mente, que lo superara ya de una buena vez. Yo le reclamé que de echo había sido invención suya hacerme creer que ella estaba con nosotros mediante la comparecencia de la sombra, así que prácticamente me estaba diciendo que la olvidara, él dijo algo así de que sólo lo comentó para hacerme sentir más tranquila y mejor, para que se me pasara esa preocupación absurda, que las sombras no significaban nada.

—¿No significan realmente nada?—le pregunté a gritos—Tú siempre me has dicho que la sombra es aquello que nos da una identidad, para descubrir quiénes somos, ¿acaso me mentiste?

—No lo sé. No sé para qué es una sombra. No creo que sirvan para nada. Ni siquiera sé porque te dije eso. Fue una imprudencia de mi parte, de saber que te pondrías así por algo que dije mejor no te hubiese contado nunca nada.

Eso me molestó muchísimo. Me parece que seguimos discutiendo, no me acuerdo bien. Lo único que recuerdo a la perfección son las gotas de sangre que se salpicaron en las paredes blancas y el filo brillante del

cuchillo que sostenía en mi mano. El utensilio de cocina también estaba lleno de aquel líquido tan espeluznante, y mis manos eran la prueba del crimen cometido. Escuché unas risas diabólicas en donde me encontraba, poco a poco se acercaban más a mi oído y entonces la vi: La sombra apoyada en una esquina, sonriéndome, cual cínica y perversa era había sido testigo del suceso. Solté el arma y al caer emitió un sonido metálico.

-¡Criatura inmundada!—vociferé llena de odio—¡Mira lo que me has hecho hacer!—dicho esto, me deje caer en el suelo y finalmente, lloré—No, no he sido yo. ¡Has sido tú! ¡Tú lo hiciste! Tú los mataste y a mí me estás matando lentamente, torturando con tu vil existencia, ser del inframundo, culebra del averno, imaldita seas!—grité sin control. Ella siguió burlándose de mi desgracia, de lo que ahora es mi tormento y mi perdición.

La luna es comprensiva, ilumina mi pobre ser, intentando que me deje guiar por su luz pero lo que no sabe es que en mi alma ya no queda esperanza, ni felicidad alguna. En medio de la penumbra, envuelta ya en el manto de la tenebrosa muerte, las estrellas se apagan y mientras tanto, escucho el ulular de los búhos cantores, que entonan una melodía macabra, cantan sobre la locura del ser humano, la pérdida de la cordura y de todo aquello que solía ser bueno, de una felicidad inexistente, porque no hay en el mundo sentimiento más fugaz que la alegría, hablan también sobre una chica que corre, huye y de un espectro gótico e infame, sí, su propia sombra que la persigue.